

El 'mal francés'

La violencia anti-sistema alienta la idea de un caos que permita el surgimiento de un 'nuevo orden'

JUAN CARLOS VILORIA



El 'mal francés' no es la sífilis que transmitieron por toda Europa los soldados franceses en el siglo XVI, sino la violencia urbana de difuso contenido político, pero anti-institucional, destructora de la propiedad privada y de los símbolos de la democracia como el ayuntamiento de Limoges. Los disturbios, extremadamente violentos que se extendieron por todo el Hexágono la pasada semana, se caracterizan por la parasitación de movimientos reivindicativos de carácter social como la mejora de la educación o contra la carestía de la vida y la energía, por grupos de guerrilla urbana profundamente anti-democráticos, pero sospechosamente amparados en un discurso ambiguo y equívoco de las fuerzas políticas de extrema izquierda como la LFI (La Francia Insumisa), que capitanea Jean-Luc Mélenchon o el mediático alcalde de Saint Denis, Bally Bagayoko, agitador de la cólera de los manifestantes con un discurso en el que habla de «violencia legítima». En la vanguardia de los violentos reaparecen los 'Black blocs' con una táctica de manifestación donde los participantes llevan ropa negra para evitar ser identificados.

Estos grupos están compuestos, mayoritariamente, por militantes de extrema izquierda, herederos de la ecología radical europea de los años setenta que alcanzó protagonismo en el movimiento anti-globalización hacia el año 2000, durante las cumbres de Génova o Porto Alegre. Posteriormente se integraron en movimientos sociales de contornos confusos anti-capitalistas que luchan tanto contra Mercosur como en favor de la causa palestina. La identificación del capitalismo con la democracia y con la propiedad privada, justifica para estas bandas el ataque a los supermercados, los ayuntamientos y sus alcaldes, las tiendas Louis Vuitton o la pequeña boutique de una autónoma en la rue Voltaire. En el fondo, subsiste la idea de provocar un caos general que permita el surgimiento de un 'nuevo orden'.

Para algunos analistas hay un fondo de nihilismo, más que de socialismo y, como derivada más alarmante, el desaprendizaje de la democracia que permite la infiltración e instrumentalización de fuerzas de izquierda para utilizarlos a su favor. Con las elecciones presidenciales a la vista el movimiento desestabilizador que conmociona a la sociedad francesa no se puede desligar de los intereses de Mélenchon de captar una parte del voto juvenil que le permita pasar a la segunda vuelta y competir con la extrema derecha de Marie Le Pen. Pero como el 'mal francés' es muy contagioso, en España estamos asistiendo a brotes en Barcelona, la puerta del Sol, A Coruña, Avilés o Pamplona, en plena campaña electoral. Quizás alguien trata de ayudar a Vox con la máxima polarización social, para que siga drenando votos al Partido Popular, lo que permitiría, en última instancia, que el PSOE ganara las elecciones y, como dijo Sánchez, gobernar España de una u otra forma.

Una 'vitamina' de pensamiento crítico: aprender retórica en la escuela

JORGE JIMÉNEZ-RAMÍREZ

Profesor titular de Lingüística Aplicada y Comunicación, Universidad Europea

Donde muestra su 'superpoder' es en el enfrentamiento contra la desinformación

Qué relación puede haber entre los resultados de una prueba educativa internacional, como PISA, y la calidad democrática de un país? Apenas resisten veinticinco democracias plenas en el mundo. El sistema democrático es débil porque requiere del contraste de diversos puntos de vista entre sus ciudadanos, libres e iguales. Estos están obligados a construir discursos para defender su criterio ante terceros, tolerar las diferencias y buscar un acuerdo.

El filósofo y economista británico John Stuart Mill (1806-1873) ya explicó que una sociedad libre depende de la capacidad de sus ciudadanos para cuestionar las ideas dominantes y discutir sus propias convicciones. En lo que respecta a la pedagogía, también John Dewey (1859-1952) señalaba que la democracia es una forma de vida que depende de la habilidad de sus ciudadanos para comprender problemas complejos.

La escuela no sirve solamente para adquirir conocimientos concretos, sino que es donde se deben desarrollar herramientas esenciales de una ciudadanía democrática como las capacidades de comprender al otro y el pensamiento crítico. En realidad, el informe PISA muestra las carencias de la escuela para formar a los futuros ciudadanos de las democracias. No es solo un problema educativo, sino social y político.

La democracia necesita al pensamiento crítico tanto como el pensamiento crítico a la democracia. El pensamiento crítico permite al estudiante, en primer término, cuestionar la información y recuperar la cohesión social, así como seleccionar, jerarquizar y justificar las ideas que estructuran una argumentación sólida. Además, fortalece la capacidad de detectar noticias falsas. La pregunta es cómo incrementar el aprendizaje del pensamiento crítico en las sociedades democráticas.

Lo esencial en una sociedad 'infectada' que consume más 'contenido' que nunca es



que los ciudadanos conozcan los mecanismos en los que se basa la persuasión. Al menos desde el siglo V a. e. c., conocemos la técnica y práctica de los discursos persuasivos. Aristóteles, Cicerón o Quintiliano trazan una línea que llega hasta los populares libros de Dale Carnegie o las estrategias de los gabinetes de comunicación contemporáneos. Hablamos de la retórica. La retórica nunca fue (solo) el simple repertorio de figuras literarias y tropos que se usaban en los comentarios de textos escolares. Estudia y enseña las técnicas para que una persona pueda persuadir al público al que se dirige. Esta habilidad se convierte en esencial para navegar un panorama mediático saturado de desinformación. Por ejemplo, se emplean recursos retóricos para apelar al miedo y la polarización con la intención de generar narrativas divergentes, que el oyente común asimila fácilmente si no posee un pensamiento crítico.

Diversas experiencias y trabajos docentes están de acuerdo en que enseñar apartados de la retórica clásica, como las partes del discurso) o las falacias argumentativas –como ad hominem, aquellas en las que se ataca personalmente a quién lo dice y no los argumentos que usa, o de falsa causa, en las que la relación de dos hechos no implica que uno cau-

se el otro–, mejora la objetividad analítica y dota a los estudiantes de herramientas para la defensa conceptual ante los discursos manipuladores.

La retórica permite a los estudiantes pasar de un nivel de expresión escrita deficiente a una capacidad de defensa de su propia voz, protegiéndolos contra la manipulación y la fragmentación social. Esta habilidad es transversal y útil a cualquier disciplina, desde las ciencias a las humanidades.

Pero donde la retórica muestra su 'superpoder' es en el enfrentamiento contra la desinformación. Algunos estudios recientes constatan que incluso los alumnos universitarios (a los que se les supone un mayor talento crítico y entrenamiento en el mundo digital) son incapaces de discernir la veracidad de las noticias y reclaman formación específica al respecto. La evidencia nos demuestra que, efectivamente, cuando se imparte esa formación, el pensamiento crítico aumenta exponencialmente. Aunque desarrollar el pensamiento crítico no sirve de nada si los alumnos no disponen de la voluntad, las instituciones y los lugares donde aplicarlo, como los espacios de trabajo y, especialmente, los centros educativos.

En la sociedad contemporánea, en la que la influencia de lo audiovisual ha desplazado a lo escrito, en la que las luchas culturales empantanar cualquier discusión, en la que la verdad se confunde con lo verosímil, una educación retórica práctica y continuada se hace imprescindible para formar ciudadanos resistentes a los mecanismos de persuasión y propaganda.

Dada su relación con el desarrollo del pensamiento crítico, la enseñanza de la retórica en todos los niveles formativos (incluida la universidad) no es solo un objetivo académico, sino una habilidad básica para los ciudadanos que habitan las hoy amenazadas democracias.

Artículo publicado en The Conversation

'El retiro'

VICTORIANO S. ÁLAMO



En muchos momentos, puede incluso que a diario, apetece parar. Pero hacerlo de verdad. Alejarse del mundo, desconectar por completo de la actualidad y la tecnología que nos conecta (o desconecta, según se mire) del resto del mundo y fijar la mirada en uno mismo. Rodeado de calma y silencio.

Eso es lo que hace la protagonista de 'El retiro' (Libros del Asteroide), novela de la aus-

traliana Charlotte Wood que aterrizó en las librerías españolas a comienzos de septiembre, con una traducción de José Gabriel Rodríguez Pazos.

En plena crisis existencial y profesional, una mujer opta por dejar atrás Sidney, a su familia, entorno cercano y laboral para pasar un breve periodo de tiempo en una comunidad religiosa en un enclave perdido de este gigantesco país y continente.

No es creyente, pero lo que allí se encuentra le atrae. Va conquistándola poco a poco a medida que conoce cómo es la vida allí, a las monjas que habitan el lugar y a los lugares que acuden a los actos religiosos. A medida que avanza en su 'conquista' de este paraíso perdido, la autora va desgranando momentos clave de la vida de esta mujer, sobre todo de su infancia y juventud, lo que apunta, evidentemente, por qué ha tenido que recurrir a este retiro tan extremo.

En el lugar solo se encontrará con un inconveniente, ante el que todos harán pifia para combatirlo. Se trata de una de las plagas de ratones que cada cierto tiempo, en las temporadas más secas del año en Australia, arrasa con todo lo que se encuentra a su paso. No es una invención de la escritora Charlotte Wood, es tan real como la necesidad de echar el freno que casi todos tenemos.